

# MEMORIA HISTÓRICA, PROCESOS DE PAZ Y EL PELIGRO DE LA DERIVA HACIA LA BARBARIE

José Ángel Ruiz Jiménez<sup>1</sup>

## **Memoria histórica versus presentismo**

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan el mundo contemporáneo con el de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños del final del siglo XX y los comienzos del XXI. Se han desintegrado muchas de las antiguas pautas por las que se regían las relaciones sociales entre los seres humanos, de modo que existe una ruptura de los vínculos entre las generaciones, es decir, entre pasado y presente. Esto es sobre todo evidente en los países occidentales capitalistas donde ha alcanzado una posición preponderante el individualismo asocial absoluto, tanto en la ideología oficial como privada. Estas tendencias existen en todas partes, reforzadas por la globalización, la erosión de las sociedades y las religiones tradicionales y la destrucción, o autodestrucción, del erróneamente llamado *socialismo real*.

A consecuencia de lo anterior, la mayor parte de los individuos, especialmente los jóvenes, parece vivir en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que vive.<sup>2</sup> Esto otorga a los historiadores, cuya tarea consiste en recordar lo que otros olvidan, mayor trascendencia de la que han tenido nunca. Pero por esa misma razón deben ser algo más que simples cronistas, recordadores y compiladores, aunque esta sea también, necesariamente, una de sus funciones.

En la práctica, la nueva sociedad no ha destruido completamente la herencia del pasado, sino que la ha adaptado de forma selectiva. A largo plazo, la fuerza de la ética capitalista ha dañado y desintegrado gran parte de aquellos aspectos del pasado que le eran convenientes -e incluso esenciales- para su desarrollo. Los decenios transcurridos desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial hasta la conclusión de la Segunda fueron catastróficos para una sociedad que durante cuarenta años vivió una época de desastres sucesivos. En paralelo y después de las guerras mundiales hubo diversas oleadas de rebelión y revolución, dando como consecuencia al comunismo, que abarcó más de un tercio de la población mundial y se propuso como alternativa predestinada a acabar con el capitalismo. Bajo los efectos de la extraordinaria explosión económica habida desde 1945 (pese a sus *dientes de sierra* de 1973, 1992 o 2008), con sus consiguientes cambios sociales y culturales, ha sido posible vislumbrar, por primera vez, cómo

---

1 José Ángel Ruiz Jiménez es profesor del Departamento de Historia Contemporánea y miembro del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. Su e-mail es [j.angel@ugr.es](mailto:j.angel@ugr.es).

2 La cuestión del *presentismo* está magistralmente abordada en HOBBSAWN, Eric (1995) *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, pp 12-15.

puede ser un mundo en el que el pasado ha perdido su función. Parece extinguirse así la tradicional influencia del pasado en el presente, de modo que los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida, ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos. Sus directrices han sido en gran medida reemplazadas por un individualismo asocial en el que se busca el beneficio y el placer inmediatos dejando en un segundo plano las consideraciones sociales y de perspectiva temporal. En este contexto también ha ido cobrando fuerza una sociedad civil internacional muy crítica con la mencionada crisis de valores, a la vez que concienciada a favor de la paz y los derechos humanos, gracias a cuya presión ha surgido el interés por la memoria histórica de las tragedias pasadas como instrumento de paz y por la justicia transicional.

### **¿Memoria o historia?**

A la hora de recuperar ese pasado, encontramos, en primer lugar, un debate sobre el valor de la verdad en el debate histórico. Así, encontramos una escuela más académica y tradicional que aboga por demarcar memoria e historia, entendiendo esta última como conocimiento de la búsqueda de la verdad mediante datos objetivos.<sup>3</sup> La otra tendencia mayoritaria defiende el valor de la subjetividad, de modo que considera que desechar rumores e impresiones, leyendas parte verdad y parte ficción, puede eclipsar formas más complejas de comprender el pasado, o sea, el sentido que la gente da a sus vidas.<sup>4</sup> Su meta, más que la reconstrucción *científica* de hechos pretéritos, es reponer injusticias, recordar traumas y elevar modelos de conducta, de modo que esa memoria recuperada sea un relato efectivo para la reparación de la violencia y la oferta de propuestas de presente y futuro comunes. Y es que ¿puede recoger la historia erudita el dolor por todo lo que nuestra sociedad y nuestra cultura perdieron con sus desaparecidos y exiliados? ¿puede recoger esta historia, que busca la verdad en las fuentes escritas, los recursos y experiencias de una sociedad para abordar el presente tras un genocidio o para afrontar el sufrimiento tras una guerra civil? ¿dónde queda la memoria de los archivos borrados o destruidos, de los debates habidos y de las propuestas de futuro que se extraen del recuerdo colectivo? De hecho, los seres humanos somos animales emotivos y simbólicos, más que fríos y analíticos, y los historiadores no forjan tanto el pasado como los políticos y los recuerdos populares. Por ello, es la memoria, y no la historia -que sólo alcanza a una minoría interesada en ella-, la que nos coloca en el tiempo y nos proporciona nuestra identidad como sujetos históricos individuales y colectivos, aunque eso implique

---

3 Encontramos un interesante compendio de argumentos en este sentido JULIÁ, Santos (2006) "Memorias en lugar de Memoria, *El País*, 2 de Julio de 2006, donde se aboga por demarcar memoria e historia, entendiendo esta última como conocimiento de la búsqueda de la verdad en lugar de medio para reponer injusticias, recordar traumas individuales, elevar modelos de conducta, etc.

4 Véase WHITE Louise (2005) *Speaking with Vampires. Rumor and History in Colonial Africa*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press, pp 33-42.

enormes imprecisiones y contradicciones, que van desde nuestro diario personal<sup>5</sup> hasta el distorsionado recuerdo de períodos caracterizados por la violencia, tales como guerras o dictaduras férreas, por parte de individuos que los vivieron en primera persona.<sup>6</sup>

Por otra parte, mientras la historia tradicional presta más atención a experiencias colectivas, la memoria es sobre todo una experiencia subjetiva e individual, y por tanto, no puede considerarse exactamente en el mismo plano. No obstante, cabe recordar que la memoria toma sentido en un contexto histórico específico, en una red colectiva de relaciones como procedimiento diverso de generar narrativas grupales que tratan de explicar y permiten asimilar y superar experiencias comunes, especialmente las dolorosas. De hecho, es interesante observar cómo la historia erudita ha evolucionado desde el estudio de los gobernantes y los Estados hasta la atención al ciudadano medio y a las *víctimas* de la historia, entendida como tragedia que engulle y daña las vidas de sus protagonistas. Sin embargo, conviene advertir que si bien al centrarnos en los individuos enriquecemos algunas de nuestras perspectivas del pasado, empobrecemos otras al dejar en un segundo plano el contexto político, ideológico, económico, etc. en el que los individuos aparecen “perdidos” y arrastrados por unas circunstancias que les superan.

De cualquier modo, ambas escuelas, tanto la más académica como la que se centra en los recuerdos individuales subjetivos consideran que la historia, actuando como memoria colectiva, puede proporcionar un conjunto de utensilios culturales para afrontar el presente y construir un futuro más justo.

### **Cómo se construyen la historia y memoria**

En el abordaje de la recuperación del pasado *olvidado* o *silenciado*, deben tenerse en cuenta una serie de factores básicos. El primero, es la conciencia de que tradicionalmente la historia la han escrito los vencedores, marginando otros relatos, ideologías, hechos e interpretaciones que quedaban excluidos. De este

---

5 Un interesante y sorprendente ejercicio, que nos permite comprobar cómo distorsionamos el pasado, consiste en comparar el relato del mismo período de nuestra vida, tal como lo recordamos en el presente, con el que reflejamos en un diario años antes, mientras sucedían los hechos. Las diferencias suelen ser tan destacadas que nos evidencian que, de no existir el diario, habríamos perdido irremediabilmente la realidad de cuáles eran muchas de nuestras propias percepciones, experiencias y prioridades, que modificamos inconscientemente al relatar nuestra vida pasada en el presente.

6 Este hecho ha llamado la atención de literatos como Heinrich Böll (en *Opiniones de un payaso*) o Milan Kundera (en *La insoportable levedad del ser*), que destacan como tras un largo período pueden recordarse con agrado las épocas de Robespierre o Hitler, pues éstos ya no suponen ninguna amenaza y los posibles sufrimientos habidos con frecuencia se inhiben de nuestros recuerdos, que mantienen con más intensidad las referencias más felices de esa época, como una infancia con unos padres entonces jóvenes que nos querían, en la que se vive el descubrimiento de la amistad, el amor, etc.

modo, encontramos, por ejemplo, falsos mitos fundacionales de los Estados inculcados por los gobiernos a unas poblaciones que, en gran medida, acaban por asumir esos discursos como propios e indiscutibles. En definitiva, hablamos de la manipulación del pasado en beneficio de intereses materiales y de poder presentes.

De hecho, conviene tener muy presente que la historia ha demostrado ser un arma bélica muy poderosa, pues ciertos líderes, a veces con el apoyo de pseudohistoriadores afines, la han reconstruido, manipulado y prostituido agitando agravios, amenazas a la identidad nacional, traumas y resentimientos del pasado para crear violencia en el presente. Una violencia siempre orientada a beneficiar sus intereses materiales y de poder vertiendo sangre ajena. Los resultados de este tipo de acciones son absolutamente imprevisibles, ya que, una vez se cruza la invisible línea divisoria que conduce a la barbarie, la consecuente espiral de deshumanización y crueldad a menudo escapa incluso al control de sus instigadores. Así, encontramos situaciones tan patéticas como el humillante final de personajes tan conocidos como Adolf Hitler, Saddam Hussein, Pol Pot, Radovan Karadzic o Slobodan Milosevic, quienes tras originar conflictos bélicos en los que la población hizo suyas sus populistas reivindicaciones históricas, terminaron engullidos por el mismo torbellino que habían provocado, si bien dejando por el camino innumerables cadáveres, degradación moral y destrucción material.<sup>7</sup>

Por otra parte, para que haya aparecido el interés actual por la recuperación de las memorias marginadas, han confluído una serie de factores: las barbaries sin precedentes del último siglo, la expansión de las democracias y su discurso incluyente, la aparición de los derechos humanos y la consolidación de una ciudadanía más consciente y combativa, menos manipulable y quiescente.<sup>8</sup>

Y es que desde los años 60 del siglo XX se ha experimentado un destacadísimo avance en la concienciación ciudadana sobre la paz. El post-materialista Ronald Inglehart, ya en 1971, analizó una serie de tendencias políticas que consideraba que expresaban una *revolución silenciosa* en las sociedades industrializadas occidentales.<sup>9</sup> El paso del tiempo ha ido confirmando lo acertado de su estudio, en el cual afirmaba que bajo el activismo de los años 60 y la aparente aquiescencia de los 70 se estaba forjando un cambio gradual, pero esencial, en la mentalidad

---

7 Sobre la progresiva degradación moral y deshumanización que han caracterizado a los conflictos de la época contemporánea, resulta muy recomendable la lectura de JACKSON, Gabriel (2009) *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Barcelona, Crítica.

8 Véase RUIZ JIMÉNEZ, José Ángel (2009) "El movimiento pacifista en el mundo contemporáneo: historia y presente", *Tiempo de Paz*, 92, Madrid, MPDL, pp 12-20.

9 INGLEHART, Ronald (1977) *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Oxford, Princeton University Press e INGLEHART, Ronald (1999) *Modernización y postmodernización: cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, CIS.

política de los países del Norte desarrollado. Desde aquellos años, una proporción sin precedentes de la población occidental ha crecido bajo unas excepcionales condiciones de acceso a educación y seguridad económica. No obstante, si bien la seguridad económica y física ha continuado siendo muy valorada, una proporción cada vez mayor de la ciudadanía ha ido demostrando un interés genuino en comprender lo que sucede en la política nacional e internacional, y en participar en las decisiones que se toman en esos ámbitos. Los ciudadanos modificaron sus creencias, valores y conductas, ampliando sus necesidades de identidad, estima y realización personal. Asimismo, potenciaron sus habilidades políticas y aumentó el porcentaje de la población implicada en el desarrollo de los valores y necesidades mencionados.

Así, más allá de la simple participación en procesos electorales, los ciudadanos comunes han demostrado una creciente capacidad para influir en política de un modo que Inglehart denomina de desafío a las elites, en oposición a las tradicionales actividades ciudadanas dirigidas por las elites, como las movilizaciones masivas organizadas por partidos políticos, sindicatos o instituciones religiosas. En oposición a los clásicos -ismos, se ha generado un amplio movimiento no ideologizado que no apela a fantasías de masas, sino que se centra en las necesidades concretas de la ciudadanía. De hecho, la contribución capital de este movimiento es que rechaza una idea única para ofrecer cientos de otras pequeñas y prácticas. En lugar de -ismos, ofrece procesos, dudas y compasión, mostrando la cara generosa de la humanidad y siendo más pragmático que utópico.

De este modo, han surgido interesantes iniciativas por la memoria de las víctimas cuando en los últimos años ha habido situaciones de saturación de violencia -caso de graves conflictos armados o regímenes represivos- o se han dado estructuras de oportunidad política muy favorables al cambio de elementos sociológicos de larga duración que afectaban a las relaciones de poder -caso del auge del feminismo y la historia de género-. En estos casos, se trata de reinterpretar el pasado según los valores de la sociedad actual y rescatar experiencias olvidadas para darles el lugar que por justicia merecen, dando un nuevo significado en el presente a ese pasado.

### **Mito, trauma, identidad y victimización**

Las claves de la memoria nacional son el mito, el trauma, la identidad y la victimización mediante un mecanismo que ofrece un esquema repetido en innumerables países, y que describimos brevemente a continuación. En el imaginario social de un Estado suele existir un momento de esplendor idílico mitificado, que llega a su fin debido a una tragedia colectiva; ésta supone un trauma social que une al grupo y le otorga gran parte de su identidad a través de la resultante conciencia victimista. En España, por ejemplo, persisten entre la población el mito de la reconquista y el Imperio colonial y su grandeza, así como los traumas que supusieron el desastre de la *armada invencible* y la crisis del 98, agravados por la guerra civil, y el victimismo resultante que nos une en la

desgracia, de modo que se consolida la conciencia colectiva. La lista de casos es innumerable, pudiéndose citar, entre muchos otros, a Chequia que vivió su esplendor en el siglo XV con Carlos IV, sufriendo después una dolorosa anexión al Imperio Austriaco; a Serbia, que idolatra la época del Czar Lazar mientras mantiene vivo el recuerdo del desastre que supuso la batalla de Kosovo Polje, a la que siguieron más de cuatro siglos de dominación otomana; a Italia, que idolatra el Imperio Romano y la unificación nacional, que fue a la vez tragedia al lograrse mediante un derramamiento de sangre colectivo que fomentó los lazos de unión en un Estado que nunca antes había existido como tal; ya Rusia, el orgulloso país más grande del mundo, tradicionalmente unido por la fe en sus tradiciones y líderes, mantiene lazos de unión por la viva memoria de las traumáticas y cruentas invasiones napoleónicas (1812) y de la Alemania nazi (1941). Sin duda, este mecanismo de cohesión social basado tanto en la nostalgia de la gloria como en el recuerdo indeleble del sufrimiento colectivo, que es veces promovido por los Estados y a veces espontáneo, ejerce una indiscutible influencia en la memoria histórica de los individuos.

Y es que la identidad es una cuestión clave, si no la cuestión clave, en una nación y, por supuesto, en un Estado. De acuerdo con esta idea, una guerra civil proporciona enormes distorsiones en la conciencia colectiva. Una guerra contra un enemigo externo, característica común a los ejemplos anteriormente citados, se gane o se pierda, genera cohesión y refuerza la identidad colectiva. Por el contrario, una guerra civil en la que ambos bandos afirman representar al conjunto "real" de la sociedad rompe muchos de esos lazos invisibles. En el último medio siglo, la inmensa mayoría de los conflictos armados han sido de carácter interno, rompiendo en gran medida el esquema anterior y haciendo que esta cuestión sea cada vez más importante en el mundo contemporáneo. Sin duda, Colombia, con su peculiar y prolongado conflicto armado, supone uno de los ejemplos más representativos en este sentido. Volviendo, de nuevo, al caso de España, pese a lo prolongado y exitoso de una experiencia democrática en la que ha habido sitio para todas las tendencias políticas, aún está muy presente la idea de las *dos Españas*, así como la presencia de movimientos nacionalistas, distorsionando notablemente la identidad colectiva de sus ciudadanos. En definitiva, para afrontar los desafíos que implica enfrentarse al pasado, deben tenerse muy en cuenta la construcción de la identidad individual y colectiva y los daños que las experiencias violentas traumáticas puedan haber ejercido sobre ella, creando víctimas de compleja recuperación.

En este sentido, los estudios de la memoria social han estado íntimamente relacionados en su origen con las ideas sobre el trauma y la construcción de la personalidad individual.<sup>10</sup> Después del trauma, lo primero es asumir que el pasado ya no se puede cambiar; lo segundo, como bien enseña la psicología, que el pasado -su memoria-, sirve de muy poco, en sí misma, para mejorar el presente ni

---

10 HACKING, Ian (1995) *Rewriting the soul: multiple personalities and the science of memory*, Princeton, NJ, Princeton University Press.

el futuro. Por eso, volver sobre la desgracia, o la simple institucionalización de la memoria mediante museos, banderas, estatuas, nombres de calles, efigies en billetes, etc. es muy poco útil, como se manifiesta, entre otros innumerables ejemplos, en la India posterior a Gandhi. Pese a la grandeza de su obra y las muchas iniciativas para homenajear y recordar al *mahatma*, la política estatal y la práctica diaria de los ciudadanos fueron justo lo contrario a su mensaje; se veneró su figura, pero no se siguieron prácticamente ninguno de sus consejos.

Por ello, tanto la psicología como la historia y la ciencia política demuestran que para superar los traumas y construir un futuro mejor, tanto individual como colectivamente, lo más importante no es volver una y otra vez a los relatos del pasado, sino cambiar las prácticas y la cultura beneficiándose de las enseñanzas de ese pasado. Hay, por tanto, que desterrar los odios bajo el convencimiento de que quien odia es quien más sufre, y no confundir el perdón y el olvido con la reconciliación -deconstruyendo la polarización social que ello trae consigo.<sup>11</sup> Tras *tocar fondo*, hay que liberarse de los traumas centrándose en las virtudes propias, en lo mejor de uno mismo, creando las prácticas y hábitos necesarios para el futuro al que pretendamos aspirar. Se trata de concienciarse de que la paz hay que construirla mediante la práctica diaria, que siempre será una *paz imperfecta*, y que somos los responsables del presente y el futuro, pues dependen de nuestras decisiones y acciones. En este camino conviene tener muy presente que el pasado, además de traumas y vivencias dolorosas que hayan dejado huella, ha legado valores, estrategias y prácticas de paz de incalculable valor que nos inspiran y enseñan: el pacifismo, la no violencia, el budismo, el jainismo, casos de desafío a la crueldad y la barbarie en las más cruentas guerras, etc.<sup>12</sup>

### **¿Qué podemos esperar de la memoria histórica?**

De acuerdo con lo anterior ¿qué papel juega la memoria histórica en los procesos de reconstrucción y mejora social después de la violencia? Los pilares de cualquier transición hacia la paz tras un conflicto armado son la verdad, la justicia y la reparación. No obstante, en la práctica, persisten las injusticias y los procesos de justicia transicional habidos en general adolecen de considerables niveles de impunidad, olvido forzado y falta de reparación a las víctimas. Por ello, corremos el peligro de desacreditar las experiencias realizadas en este sentido pues, comparadas con procesos de verdad, justicia y reparación ideales, resultan

---

11 Al respecto, véase DAVIDOVITCH, Nadav y ALBERSTEIN, Michael “Trauma y memoria: entre la experiencia individual y colectiva”, en MEDINA, Rosa María, et alii (2008) *Memoria y reconstrucción de la paz. Enfoques multidisciplinares en contextos mundiales*, Madrid, Catarata, pp 41-58.

12 Sobre este punto, resulta sumamente ilustrativa la lectura de BROZ, Svetlana (2006) *Buena gente en tiempos del mal*, Madrid, Kailas, y de SATHA ANAND, Chaiwat (2000) “Crossing the Enemy’s Line. Helping Others in Violent Situations as Nonviolent Action”, documento presentado en la XVIII Conferencia General de la International Peace Research Assosiation (IPRA), Tampere, Finlandia, 5-9 de agosto.

decepcionantes en muchos sentidos. Ante esa tentación razonable, conviene poner en perspectiva la evolución y desarrollo de estos valores en los procesos de paz.

En primer lugar, hay que comprender que ha existido una tradicional falta de reconocimiento a la memoria e identidad colectiva de los vencidos a través de la historia. La memoria histórica ha ido cobrando fuerza paralelamente al desarrollo de los derechos humanos sólo desde la década de los 80, partiendo de las comisiones de la verdad de Sudáfrica y América Latina, hasta planteamientos más ambiciosos, como el de la Ley de Memoria histórica de España y el de la Ley de Justicia y Paz de Colombia -que incluyen compensaciones morales y materiales a las víctimas-; y el de los Balcanes y Ruanda, donde la memoria es un engranaje clave de los mecanismos de justicia transicional implementados.

No obstante, conviene aplicar una lente de aumento a esta optimista perspectiva macro, que, deseo destacar, es a la vez realista, porque es mucho lo que se ha logrado. Esa visión más detallada permite observar con mayor objetividad, pero también con mayor tolerancia, los procesos a que nos referimos. Frecuentemente, se critica con dureza las limitaciones e impunidad que caracterizan la justicia transicional en general y la memoria histórica en particular, sobre todo en países empobrecidos, a los que se exigen unos niveles de eficacia a los que a veces se supeditan relaciones políticas o comerciales, caso de varios países de la antigua Yugoslavia, Centroamérica o Colombia. Empero, la realidad nos muestra las dificultades prácticas de implementar exitosamente tales iniciativas, pues los países occidentales democrática y económicamente consolidados también experimentan enormes dificultades a la hora de llevarlas a la práctica dentro de sus fronteras –de ahí la necesidad de la tolerancia-. El caso español, tanto por proximidad como por sus interesantes características, resulta sumamente ilustrativo sobre las dificultades que las circunstancias imponen con frecuencia sobre la teoría y las intenciones más nobles. El debate sobre memoria histórica, habido principalmente entre 2006 y 2008 ante la inminente aprobación de la una nueva ley al respecto, resultó lamentablemente politizado, transcurriendo más de forma paralela que conjunta con el interés de la sociedad civil.<sup>13</sup> El gobierno socialista del PSOE no fue el principal impulsor de la ley, demandada más bien por organizaciones de descendientes de las víctimas del franquismo, pero sí respondió a esa exigencia social, que incluyó como parte de su programa electoral en 2004. El Partido Popular (PP), entonces en la oposición, entendió aquella ley

---

13 La Ley por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura, más conocida como Ley de Memoria Histórica, aprobada por el Congreso de los Diputados el 31 de octubre de 2007, incluye el reconocimiento de las víctimas de la Guerra Civil de ambos bandos, las víctimas de la dictadura, la apertura de fosas comunes en las que aún yacen los restos de represaliados por los sublevados en la Guerra Civil hasta entonces realizadas desde entidades privadas (como la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y el Foro por la Memoria) o comunidades autónomas, así como subvenciones estatales y la retirada de símbolos franquistas de las vías públicas. Previamente, el gobierno había declarado 2006 como el Año de la memoria histórica.



como un medio para demonizar a la derecha española y ganar votos *presentes*, no como un fin en sí misma para reparar injusticias pasadas por parte del Estado. Mientras tanto, autores revisionistas como Pío Moa o César Vidal se convertían en fenómenos editoriales de espectaculares cifras de ventas con su relectura de la guerra civil, en la que responsabilizaban a la izquierda de la violencia de los años 30, ante la que la derecha habría tenido que reaccionar defensivamente.<sup>14</sup> Se dio, pues, la impresión de que el gobierno socialista, en lugar de buscar la reconciliación, usaba la ley para realizar un ejercicio de oportunismo electoralista, pidiendo a la derecha que admitiera su mayor responsabilidad en la guerra al conculcar la legalidad vigente entre 1936-39 y que reconociera la feroz represión franquista. Se obviaba que el PP ni siquiera existía en aquellas fechas, y que sus actuales líderes no habían nacido o eran niños en los años 30. No obstante, si sólo se trataba de pedir un reconciliatorio gesto simbólico por parte de los herederos políticos del *alzamiento nacional*,<sup>15</sup> no de un acto de contrición por parte de los protagonistas de los hechos, la izquierda ni se planteaba pedir perdón en los mismos términos por sucesos tan poco honrosos como los acontecidos en el Alcázar de Toledo y Paracuellos, como la represión a los anarquistas, como los asesinatos de religiosos y derechistas, o como la *revolución de octubre*, por poner algunos ejemplos. De este modo, armaron aún más de razones a aquella derecha a la defensiva, porque era muy difícil distinguir cuáles eran los criterios manejados, de modo que la legitimidad del proceso se vio sepultada bajo estériles intercambios de recriminaciones. Mientras tanto, la ley terminó por dejar descontentos tanto a los descendientes de las víctimas que la habían exigido, como a los partidos nacionalistas, a los socialistas más *combativos* y al resto de partidos de izquierda, a la vez que la financiación para su desarrollo fue a todas luces insuficiente. Mientras tanto, la polémica desacreditó una ley que fue languideciendo a ojos de la opinión pública menos directamente implicada, que terminó contemplando con indiferencia el desenlace. De este modo, se perdió una valiosísima oportunidad de resolver un trauma colectivo que, si bien había fracturado la nación, había tenido lugar hacía más de medio siglo en un país cuya democracia duraba ya 30 años.

Se trata, por tanto, de un fenómeno en construcción en el que se han experimentado grandes avances, y por el que conviene seguir trabajando, así sea en una evolución de *dientes de sierra*, asumiendo por tanto que el exceso de celo crítico o ambición pueden resultar contraproducentes y que, en toda negociación, hay que ceder algo para obtener un beneficio. De hecho, la inercia es cada vez más favorable a las víctimas y las comisiones de la verdad son ya casi obligatorias en los procesos de paz; la justicia penal de los derechos humanos ha

---

14 Véanse, por ejemplo, MOA, Pío (2003) *Los mitos de la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid; MOA, Pío (2006) *La República que acabó en guerra civil*, Áltera, Barcelona y VIDAL, César y JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico (2010) *Historia de España III. De la restauración borbónica hasta el primer franquismo*, Barcelona, Planeta.

15 Obviamente, esto hubiera resultado inadmisibles y ofensivo por un PP cuya trayectoria ha sido siempre respetuosa con la constitución democrática y que no desea que se le identifique con continuidad alguna con el franquismo.

evolucionado enormemente- con hitos como el Tribunal Penal Internacional-; y la reparación material a las víctimas es cada vez menos una utopía. Por ello, una mirada en perspectiva nos muestra unos adelantos impensables hace solo medio siglo, lo que anima a perseverar en esa línea de trabajo constante en una carrera de fondo contra el olvido, la injusticia y la impunidad.

Existe, pues, una incipiente y valiosísima cultura de la paz y los derechos humanos que conviene alimentar y cuidar para seguir limando sus limitaciones con el objetivo de crear un futuro del que sepamos qué queremos de él, utilizando la historia y la memoria como ejes de un ejercicio activo por la verdad, la justicia y la reparación, no solo para hablar de los males del pasado y de la guerra como sinsentido.<sup>16</sup> La prevención de violencias futuras debe, pues, ser prioritaria, ya que el mejor proceso de paz es el que nunca tiene que darse, ya que de por sí implica una enorme tragedia humana y una gran fracaso colectivo, en el que ya no hay tablas rasas y donde los agravios y traumas serán dificultades muy difíciles de salvar e imposibles de sanar por completo.

En definitiva, en el marco de esa evolución global, el papel de la memoria histórica es un factor determinante en los procesos de justicia transicional; da voz a las víctimas silenciadas y a sus experiencias *olvidadas* por el conjunto de la sociedad, refleja los principios y objetivos prioritarios sobre los que se desee construir el presente y el futuro; ayuda a sanar los tejidos sociales e individuales dañados por la violencia y sus traumas; ilustra con útiles lecciones y ejemplos del pasado; ayuda a percibir la riqueza de discursos, ideas y proyectos tantas veces sepultados por la exclusión impuesta por los vencedores; y es de gran ayuda para crear sociedades más maduras y menos vulnerables a los chauvinismos de los Estados y a la manipulación por parte de élites con intereses materiales y de poder disfrazados de historia patriótica.

---

16 Véase RICOEUR, Paul (2003) *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta.